

Izquierda, antirreligión y posteología

Javier Gimeno Perelló

Resumen: Surgidos en el siglo XIX, los movimientos emancipatorios y de izquierda, en particular el marxismo, trataron de completar cuanto la revolución burguesa había “olvidado”, especialmente, el logro de una sociedad más igualitaria, bajo el nombre de socialismo, logro que solo era posible mediante la lucha de clases y la victoria del proletariado. El marxismo, algunas de cuyas fuentes surgieron de las lecturas por Marx de los filósofos de la Antigüedad clásica, como Prometeo, caló en las sociedades occidentales del XIX y del XX, pero ya en este siglo fue adquiriendo ciertos tintes de religión dogmática con elementos propios de las creencias que, como el cristianismo, pretendía sustituir en la búsqueda de referentes éticos para la humanidad. La izquierda hoy debe recobrar el espíritu dialogante y crítico del joven Marx y elaborar propuestas transformadoras.

Palabras clave: Izquierda política, movimientos sociales, marxismo, religión, posteología, ortodoxia, heterodoxia, Antigüedad clásica.

Abstract: The emancipatory movements and especially marxism emerged in the 19th century. They tried to complete what the bourgeois revolution had “forgotten”, above all, the achievement of a more equal society, under the name of socialism, which was only possible through the class struggle and the victory of the proletariat. Some sources of marxism emerged from the readings of the philosophers of classical Antiquity by Karl Marx, such as Prometheus. Marxism influenced western societies of the 19th and 20th centuries, but already in this century it was acquiring characteristics of dogmatic religion with elements of beliefs that sought to replace in the search for relating ethical for humanity, as christianity. Left today should recover the dialogue and critical spirit of the young Marx and develop transformative proposals.

Key words: Left-wing politics, social movements, Marxism, religion, postheology, orthodoxy, heterodoxy, classical Antiquity.

Introducción

Ante las sucesivas crisis de valores y certezas absolutas que jalonan el transcurso de la Historia, surgen fenómenos que tratan de llenar los vacíos dejados por aquéllas. Así, el estoicismo, la *Stoa*, aparece en Grecia a finales del siglo IV a.C. para dar una respuesta a las incertidumbres de los mitos de su tiempo; o el cristianismo, como sistema de creencias enfrentado a la decadencia del paganismo de los siglos III y IV d.C.

Según los más reconocidos analistas de la Historia Contemporánea y de la civilización occidental (Stromberg, 1995; Burrow, 2000;

Hobsbawm 2007, Tuñón de Lara, 1970; etc., por citar sólo a algunos), el surgimiento de los movimientos emancipatorios, antiesclavistas, feministas y los partidos y grupos de izquierda, en particular, el marxismo a mediados del siglo XIX, fue motivado, entre otras razones, por la necesidad de conquistar todo cuanto la revolución burguesa había “olvidado”: condiciones dignas de vida para los más desfavorecidos, la igualdad entre mujeres y hombres, el derecho a unos salarios justos, la abolición del trabajo infantil, los derechos civiles, los derechos de las mujeres, etc. Todos esos aspectos sombríos de la civilización occidental, que ninguna revo-

* Filólogo. Ph.D. En Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, jvrgimeno@gmail.com

lución anterior había sido capaz de eliminar, fueron el germen de aquellos surgimientos, cuya finalidad era, de alguna manera, inculcar aquello que ya Heráclito definía como *koinon logon*, la “razón común”, según traducción de Agustín García Calvo.

Otra de las grandes motivaciones del surgir de la izquierda y de los movimientos liberadores fue, ciertamente, la de llenar el vacío que la decadencia de la teología y la erosión del cristianismo había dejado en el imaginario colectivo del mundo occidental. La *muerte de Dios*, en término irónico de Nietzsche, supuso una suerte de orfandad de las categorías que habían colmado la razón de existir desde la Antigüedad.

La descomposición de una doctrina cristiana globalizadora había dejado en desorden, o sencillamente había dejado en blanco, las percepciones esenciales de la justicia social, del sentido de la historia humana, de las relaciones entre la mente y el cuerpo, del lugar del conocimiento en nuestra conducta moral (Steiner, 2001, pág. 32.)

En el ocaso del mundo romano, el cristianismo, tomando del paganismo parte de sus elementos, contribuyó eficazmente a organizar la identidad humana y la percepción occidental del mundo con su simbolismo, su iconografía, su cosmovisión y sus rituales.

La afición del joven Marx por la Grecia Clásica

Marx elaboró todo un corpus doctrinario, un sistema económico-filosófico, muchas de cuyas fuentes beben justamente de la filosofía clásica griega y continúan después con el racionalismo cartesiano, Kant y los filósofos ilustrados, el idealismo de Hegel y muchos otros pensadores contemporáneos suyos. Es justamente la Antigüedad clásica para el joven Marx, en especial la cultura griega, un referente fundamental para el progreso y

la libertad de la Humanidad. Antes que él y por citar un ejemplo relevante, en 1764 Winckelmann (2011) señalaba que “cuando la libertad iluminó a Grecia, el arte adquirió audacia y elevación” (p. 284).

El sistema cultural y de valores de la antigua Grecia, ya desde los jonios y presocráticos, significó una transformación sustancial en la concepción del hombre y del mundo: frente a la religión, los mitos y los dioses, cuyo predominio era constante desde el antiguo Egipto y Mesopotamia, los filósofos griegos lograron colocar al hombre en el centro del universo en casi perfecta convivencia y armonía con sus dioses, y otorgaron la categoría de ciudadano a los hombres libres de la *polis* ateniense, no así a los esclavos y a las mujeres. Tendrían que transcurrir más de dos milenios para que éstas y aquéllos adquirieran condición de personas.

Sin embargo, a pesar de tales exclusiones, el avance de la humanidad fue extraordinario. El hombre pudo desarrollar al máximo sus capacidades artísticas e intelectuales, creando la tragedia griega o los grandes sistemas filosóficos desde el estoicismo, el epicureísmo o Platón y Aristóteles, hasta las obras científicas trascendentales que modificaron el conocimiento del mundo con Pitágoras, Hipócrates, Hipatia de Alejandría y tantos otros.

Este fenómeno histórico desarrollado especialmente entre los siglos VII y IV a.C. sólo tendría comparación pasados unos veinte siglos en el comienzo de la época moderna, con la gran transformación que significó el Renacimiento, que, no en vano, lo fue de la cultura clásica.

En su obra *Sobre la religión*, Marx y Engels (1951) afirmaron:

Grecia y Roma son los países de la más alta cultura histórica entre los pueblos de la antigüedad. El apogeo del más grande progreso interno de Grecia

coincide con la época de Pericles, y su cénit externo con la época de Alejandro. En la época de Pericles los sofistas, Sócrates, el arte y la retórica habían desplazado a la religión. La época de Alejandro fue la de Aristóteles, quien rechazó la eternidad del espíritu individual y el dios de las religiones positivas... La filosofía epicúrea, estoica o escéptica era la religión de los romanos cultos, cuando Roma llegó al cénit de su desarrollo. (p. 22-23).

Naturalmente, Marx era consciente de la distancia entre el mundo griego antiguo y su época, como señala respecto de sus manifestaciones artísticas y literarias:

[...] el arte griego y la epopeya están vinculados a ciertas formas del desarrollo social. La dificultad reside en que ambos nos procuran todavía un placer estético y que aún tienen para nosotros, en cierto sentido, el valor de normas y modelos inaccesibles. (Marx & Engels, 1976, p.78).

Marx y Engels (1976), en *El origen de la familia*, agregaban:

En los poemas de Homero, en particular en la *Ilíada*, se refleja en toda su plenitud el florecimiento del estado superior de la barbarie. El principal legado que los griegos transfirieron de la barbarie a la civilización fueron las herramientas de hierro perfeccionadas... la elaboración del aceite y el vino... el labrado de los metales elevado a la categoría de arte... la arquitectura artística en embrión... las epopeyas homéricas y toda la mitología. (p.574).

Uno de los personajes de la antigüedad clásica que fascinaron al joven Marx fue Prometeo, cuyo fuego purificador trataría de salvar a la Humanidad de las injusticias de su tiempo. No en vano le citaba en varios de sus textos, como en su tesis doctoral *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro* (Marx, 1971); así, el diálogo entre Prometeo y Hermes, servidor de los dioses: “Haz de saber que yo no cambiaría mi mísera suerte por tu servidumbre. Prefiero seguir a la roca encadenado antes que ser el criado fiel de Zeus” (p. 11).

Como ejemplo de la relevante influencia que tuvo la cultura griega de la Antigüedad en el pensador alemán, sirva esta crítica de

Marx (1999) al dinero en su obra principal, *El Capital*, inspirada en unos versos de la *Antígona* de Sófocles:

Pues nada de cuanto impera en el mundo

Es tan funesto como el oro, que derriba

Y arruina a las ciudades y a los hombres,

Y envilece los corazones virtuosos,

Lanzándolos a los caminos del mal y del vicio;

El oro enseña al hombre la astucia y la perfidia

Y le hace volver, insolente, la espalda a los dioses (pág. 45.)

Crítica que, como tantas otras tesis y reflexiones suyas, está colmada de una notoria actualidad –como así los versos de Sófocles:

[...] Pero, de suyo, el dinero es también una mercancía, un objeto material, que puede convertirse en propiedad privada de cualquiera. De este modo, el poder social se convierte en poder privado de un particular. Por eso, la sociedad antigua la denuncia como la moneda corrosiva de su orden económico y moral.

Seguidamente, Marx toma del retórico griego del siglo II d.C, Ateneo de Naucratis, sus propias palabras referidas a Plutón, en su magna obra *Deipnosophistai*, “El avaro cree sacar al propio Plutón del centro de la tierra”, para anunciar “el saludo de la sociedad moderna, que ya en sus años de infancia saca a Plutón por los pelos de las entrañas del centro de la tierra” (Marx, 1999, p.59).

El marxismo como antirreligión...

Decíamos que la izquierda y en particular el marxismo, surgen no sólo como necesidad de alcanzar unas mejores condiciones objetivas de vida para los más desfavorecidos, excluidos y olvidados por la revolución burguesa, sino también como respuesta a la decadencia y descomposición de lo que, en términos marxianos, se denomina superestructura, en concreto, valores éticos, paradigmas filosóficos, creencias, cosmovisiones, ideales, etc. En este sentido, como

señalábamos, el marxismo se erige en *doxa*, doctrina de salvación ante el vacío moral y existencial que origina en el mundo occidental la decadencia de los sistemas de creencias, en especial, el cristianismo.

Así, el marxismo y las diversas corrientes del pensamiento emancipador de las clases trabajadoras sustituyen, de algún modo, a las religiones en su afán de dotar al ser humano –que para el marxismo es, en esencia, el trabajador industrial, el proletariado–, por un lado, de referentes en los que afianzarse ante el abismo de su existencia marcada por la explotación y la injusticia, y por otro, de seguridades y certezas ante el cúmulo de incógnitas e incertidumbres que le atenazan, tales como el terror a la muerte o el más allá.

El marxismo, siendo una doctrina fundamentada en el racionalismo, en el positivismo y en el materialismo, no es tampoco ajeno al idealismo romántico del siglo XIX. Por esta razón, ofrece respuestas de redención en la propia existencia, fundamentalmente, en términos de la construcción en varias etapas del paraíso en la tierra. Etapas que pasarían, primero, por la toma del poder por los trabajadores estableciendo la dictadura del proletariado, cuya misión principal sería la edificación del socialismo, seguida del comunismo y la superación del Estado, para acabar, finalmente, en la utopía perfecta de la sociedad sin clases, arcadia feliz donde hombres y mujeres serán libres de todo yugo y explotación y donde cada cual gozará de los bienes materiales según sus necesidades y capacidad.

En ese sentido, el marxismo se configura como doctrina antirreligiosa, cuyo concepto de religión lo define el propio Marx en tanto que *opio del pueblo* y niega todo atisbo de otra vida más allá de la muerte y cualquier pretensión de eternidad o existencia de uno o de cualesquiera dioses.

Pero también como metarreligión

Sin embargo, el carácter mesiánico y esperanzador de sus aspiraciones redentoras sigue de cerca un arquetipo de corte religioso del que participan sus fieles, algunos de los cuales han llegado a creer, como si de un *dógmata* religioso se tratara, cada una de las tesis y pronósticos históricos. Aquellos, ciertamente, lo son porque creen a fe ciega todas y cada una de las tesis, leyes, cánones y dogmas de la *doxa*: cualquier enunciado, cualquier consigna, por *extra-ordinaria* que sea, va a ser asumida con *fe-haciencia* absoluta por sus creyentes. El marxismo imita de este modo, casi a la perfección, el esquema arquetípico de toda religión o sistema de creencias religiosas que niega y pretende reemplazar. Las semejanzas entre un esquema y otro son asombrosas.

Por consiguiente, como toda *doxa* o cuerpo de pensamiento con pretensión de totalidad y vocación universal, el marxismo no deja de incurrir, en este sentido, en una suerte de mitología y, por consiguiente, de teología o de religión, a pesar de su vocación antirreligiosa. Sería entonces, en palabras de George Steiner, una *pos-teología* o *meta-religión*, vale decir, una *teología sustituta* de la hasta entonces religión hegemónica, el cristianismo. Hablando en términos estructurales, como toda mitología, no carece de lenguaje propio, de rituales y leyendas, de cuerpo de mitos, simbología, imágenes emblemáticas, épica, himnos, puestas en escena, banderas, iconografía y, por supuesto, de fieles incondicionales, así como de textos canónicos: lo mismo que la Biblia para el catolicismo o el Corán para el mundo musulmán, así el *Manifiesto Comunista*.

El instrumento mediante el cual el marxismo ejerce su práctica doctrinaria, es decir, el Partido Comunista –equivalente a la Iglesia para el cristianismo–, constituye la materialización de su *mitología*. Del mismo modo

que los sistemas religiosos se dotan de una estructura jerárquica de poder para ejercer su misión de adoctrinamiento entre sus fieles y futuros fieles, el marxismo fabrica la Internacional y el Partido en cada país para hacer lo propio: un órgano o comité de dirección, con un dirigente máximo o líder, de los cuales emanan órganos subalternos escalonados en una estructura jerárquica y piramidal hasta los elementos más bajos de la escala, el militante de base y el simpatizante. Estructura cuyo funcionamiento se reviste de un aura de supuesta democracia interna mediante el concepto denominado *centralismo democrático*, por el cual los máximos dirigentes, con el líder a la cabeza, adoptan las decisiones que el conjunto de la organización deberá refrendar en asambleas dirigidas y férreamente controladas por aquellos o sus correspondientes delegados erigidos en responsables en cada caso; una suerte de *despotismo ilustrado* inoculado en las organizaciones comunistas.

Ortodoxos y herejes

Como en los sistemas religiosos, quien se desvíe de la ley impuesta por la ortodoxia de la *dógmata* es señalado, cuando no prohibido o perseguido: el hereje, el disidente, el heterodoxo. En el caso de las religiones, hablamos de sectas; en el caso de los partidos comunistas, de corrientes, de tendencias... por consiguiente, también de sectas, llámense revisionistas, mencheviques, trotskistas, socialdemócratas... desviaciones heterodoxas, todas ellas, del canon oficial, de la ortodoxia del Partido.

Como es sabido, esta ortodoxia cobra fuerza absoluta en la Unión Soviética con Stalin, cuya particular interpretación de la doctrina marxista originó una feroz represión contra sus herejes, sólo comparable con el Holocausto. A este respecto, es preciso señalar que tanto Lenin como Trotsky, éste en calidad de jefe del Ejército Rojo, infligieron la

ortodoxia emanada de su poder reprimiendo crudamente a mencheviques, campesinos, anarquistas y otros heterodoxos. Uno y otro, como Stalin, contravinieron muy probablemente las intenciones del propio Marx y Engels (1976) respecto de aquellas formas de persecución a los herejes, a pesar de lo cual, ambos advertían ya en el *Manifiesto Comunista* que "Las sectas formadas [...] son siempre reaccionarias, pues sus secuaces se obstinan en oponer las viejas concepciones de su maestro a la evolución histórica del proletariado" (pág. 84). León Trotsky y sus fieles, como bien se sabe, posteriormente sufrieron a su vez la ortodoxia de Stalin en su condición de heterodoxos.

Naturalmente, la actitud hacia la herejía no es propia únicamente del movimiento comunista y/o de los sistemas religiosos, sino también de cualquier sistema de naturaleza política o social con afán de proselitismo y, como antes señalábamos, con un espíritu de totalidad universal, cuya misión encomendada sea configurar un cuadro completo del hombre en el mundo, pero un hombre a imagen y semejanza del canon impuesto por la ortodoxia, el canon de su hombre *ideal*: el hombre cristiano, el hombre judío, el hombre musulmán; el proletario, el comunista ideal.

Dogmas, clichés y contradicciones

Más allá de la ortodoxia estalinista y de sus distintas heterodoxias, cuyo referente ideológico tuvo buen cuidado en "convertir las 'democracias populares' en sucedáneos de la dictadura del proletariado" (Elorza, 2013, pág. 57.) por obra y gracia de los monopolios ejercidos por los partidos comunistas, las diversas organizaciones del amplio espectro de la izquierda mantienen sus propios, y en algunos casos, exclusivos dogmas. Véase la adulación a líderes carismáticos como Fidel, ahora Raúl Castro, Hugo Chávez, ahora Nicolás Maduro, o Evo Morales; éste y Chávez

surgidos, ciertamente, de la votación popular, pero sin cuestionar por buena parte de la izquierda –salvo la socialdemocracia y sectores anarquistas y grupos alternativos– el ascenso al trono de los caudillos populistas por mor de un poder omnímodo, el poder del Partido y del líder absoluto en ejercicio pleno de la dictadura del proletariado encarnado estén el Partido y en su líder, en tanto que sus representantes en virtud del veredicto electoral. Sin cuestionar tampoco la ausencia de crítica, ni siquiera de izquierdas, la persecución de toda oposición, es decir, de herejía, o la formación de una cohorte de aduladores incondicionales en las cúpulas de los respectivos partidos, que constituyen una clase social exclusiva, vale decir, la clase dirigente. En el caso cubano, además, la izquierda –salvo la mencionada– apenas recuerda que se trata de una sucesión consanguínea, una suerte de monarquía hereditaria entre hermanos de sangre.

Esta crítica excluye, obviamente, los avances económicos y sociales en sanidad, educación y otros aspectos –nunca suficientes– promovidos entre los más desprotegidos por estos gobiernos revolucionarios, y en Bolivia, las treinta y seis comunidades indígenas. Sin embargo, a pesar de haber superado en gran medida la situación de exclusión sufrida por aquéllas desde tiempos de la colonia, es preciso recordar que el actual gobierno del presidente aymara Evo Morales y de su partido, el Movimiento Al Socialismo, MAS, no ha sido capaz todavía de sacar a esta población de la extrema pobreza endémica que también padece desde la Conquista. Quienes critican públicamente esta situación, ejercen cualquier actividad política o expresan opinión contraria a los designios del Partido y del Gobierno boliviano, son, en el caso de los trabajadores de la administración, observados, como paso previo a la expulsión del puesto de trabajo. Los que se manifestaron contra la construcción de la carretera que atravesará la selva del Tipnis,

perjudicando seriamente a sus comunidades indígenas, fueron duramente reprimidos, así como los estudiantes, profesores o sanitarios por la defensa de una educación o de una sanidad pública de mayor calidad con más recursos.

Nos preguntamos cuántos de nosotros soportaríamos vivir en esos regímenes definidos como revolucionarios. Quiénes habríamos pujado por escapar lo antes posible ante la práctica ausencia de libertad de expresión y de crítica. O quiénes estaríamos dispuestos a luchar en la guerrilla que *camina por América Latina*. La izquierda europea es muy aficionada a impartir lecciones a otros de todo cuanto no ha sabido, no ha querido o no ha sido capaz de ejercer contra su acomodado sistema occidental. Acaso por ello la izquierda inventó el llamado turismo revolucionario: esa forma de visitar, durante el mes de vacaciones estivales pagadas que muchos disfrutamos, a grupos armados en las selvas o en las montañas, generalmente de América Latina, para *compartir* unos días de fervor revolucionario y sentir en la sangre el coraje de la lucha por la liberación de los pueblos. O la llamada cooperación al desarrollo, que, salvo contadas ocasiones cuya práctica se ejerce de manera horizontal y recíproca en su verdadera acepción de co-operar, de co-laborar, no deja de ser una suerte de neocolonialismo caritativo revestido de un aura de progresía izquierdizante.

Ejemplos de actitudes dogmáticas no faltan en el seno de la izquierda, muchas de ellas, motivadas por viejos prejuicios y *clichés* que la han atenazado históricamente. Unos, como los relacionados con la llamada conciencia de clase, de suerte que muchos militantes se privaban de determinados usos, costumbres, placeres, etc., por considerarlos burgueses; no pocos de aquéllos forman o formamos parte de la clase media, de esa pequeña burguesía denostada. Pero también se daba y se da el caso contrario: tomar como ejemplo de

vida y de actitud a las clases subalternas... para que otros la practiquen.

Otros prejuicios muy al uso son, por ejemplo, los vinculados a los denominados estudios de género, cuyo enfoque epistemológico excluye otros puntos de vista ajenos, distantes o complementarios al llamado género; como muestra más extendida, esa nueva moda que pretende identificar un pensamiento de izquierda, consistente en el desdoblamiento de género (el famoso “compañeras y compañeros”, “amigas y amigos”, etc.), que atenta contra las más elementales normas de corrección lingüística, como bien criticó en su día el lexicógrafo y miembro de la RAE, Bosque (2012).

O la observación, como en Bolivia, a quienes mantienen diferencias, por pequeñas que sean en muchos casos, cuando algún sector de la izquierda ocupa esferas de poder (ayuntamientos, comunidades autónomas, universidades, etc). Por no hablar de los llamados comportamientos antisistema, muy de moda entre grupos ácratas y alternativos, cuando en realidad, que se sepa, nadie puede, por mucho que lo anhele, estar fuera del sistema, aunque sólo sea por el mero hecho de usar servicios públicos elementales o simplemente tener que adquirir productos de primera necesidad en el mercado de la esquina.

Estos y otros *clichés* y contradicciones han caracterizado y caracterizan a la izquierda, si no en su totalidad, sí en buena parte, tales como la adhesión a grupos terroristas y/o mafiosos pero definidos como revolucionarios –el caso de ETA o las FARC– por el sólo hecho de ejercer la violencia armada cuya práctica es el matonismo o el bandidaje, éste, propio de grupos anarquistas; o la afinidad con los nacionalismos, contraviniendo una de las máximas del movimiento obrero recogidas en el *Manifiesto Comunista* y en tantos otros textos, como es el internacionalismo proletario, y un largo etcétera.

¿Qué y cómo hacer?

En su obra *La crisis de las ciencias europeas*, escrita en el cénit del nazismo, Husserl (1990) denunció el retroceso de la ética y de la política frente a los grandes avances que ya en aquel tiempo, con Einstein a la cabeza, estaba experimentando la ciencia y la tecnología. Avances que no impedirían el uso de la bomba atómica y sus devastadoras consecuencias. Por esa razón, Husserl (1990) no dudó en exigir a los intelectuales, pero muy especialmente a los filósofos, un compromiso ético con ese tiempo convulso y aciago para la humanidad. Es decir, que asumieran una suerte de misión al modo de Sócrates, como *tábanos de la polis*, o de *profesores del Estado-nación*, al modo hegeliano. Les estaba exigiendo, en definitiva, convertirse en *funcionarios de la humanidad*.

Las sombras de la civilización occidental que permanecían en el siglo XIX se fueron desvaneciendo a lo largo del XX. Pero en el comienzo de la segunda década del XXI estamos sufriendo una vuelta a la barbarie, cuya amenaza no viene de sistemas de gobiernos absolutistas, despóticos, dictatoriales, fascistas, estalinistas, totalitarios, etc., sino de un modelo económico especulativo, globalizado y depredador, cuya consecuencia, si no lo remediamos ya, podría ser, justamente, la involución hacia algunos de esos sistemas políticos. Consecuencia cuyo primer estadio ya estamos padeciendo en cualquier caso, a saber, una fortísima devaluación del sistema democrático parlamentario –colmado de graves imperfecciones desde sus orígenes– en beneficio de la plutocracia y un retroceso de derechos y libertades ciudadanas. Todo ello en el marco de una gravísima crisis económica y social comparable, si no peor, a la de los años 30 del siglo pasado, una crisis ecológica global sin precedentes, y, sin duda, una crisis civilizatoria que afecta al conjunto del pensamiento occidental.

Ante este panorama ciertamente desolador, la pregunta obligada –parafraseando a Lenin– es, ¿qué hacer?

Superados algunos –como acabamos de ver, no todos, sin duda– de los viejos dogmas teológicos de la izquierda, ¿cómo tendría que afrontar ésta el gran reto de constituirse en alternativa mundial a las otras metateologías y posreligiones que continúan desde hace décadas dominando hegemónicamente el planeta? Capital financiero, economía especulativa, plutocracia de los mercados, democracias tuteladas por éstos, deslegitimidad del sistema representativo... necesitan no de otras teologías sino de corpus de conocimiento y experiencias abiertos, dialógicos, dialécticos y críticos capaces de construir alternativas posibles y plausibles a la religión plutocrática que reina y domina el mundo.

Incumplida la profecía de Marx en virtud de la cual el hombre libre de toda explotación, de toda miseria y de toda injusticia vivirá feliz en el Paraíso Comunista en la Tierra sin Estado y sin clases, el Capitalismo no se va a transformar sino en sí mismo ante el paisaje desolado de la nada que lo sustituya porque nadie hasta ahora ha sido capaz de construir su túmulo para levantar sobre él un sistema nuevo. Sólo la fuerza creadora de la humanidad será capaz de edificar ese otro mundo necesario, cualquiera sea su denominación, y seguramente, por fuerza de la necesidad, posible: un mundo de justicia y de libertad en su más profundo sentido. Otro anhelo posromántico e idealista, cuya transformación en otra metarreligión, su ensimismamiento en otra *nostalgia del absoluto* sería, muy probablemente, un nuevo fracaso de la Historia.

Referencias

Bosque, I. (2012). *Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer. Informe RAE*. Madrid, Real Academia Española de la Lengua. Disponible en: [\[xos\\)/arch50C5BAE6B25C8BC8C12579B600755DB9/\\\$FILE/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer.pdf\]\(http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000040.nsf/\(voane-xos\)/arch50C5BAE6B25C8BC8C12579B600755DB9/\$FILE/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer.pdf\)](http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000040.nsf/(voane-</p>
</div>
<div data-bbox=)

Burrow, J.W. (2000): *The crisis of reason : European Thought, 1848-1914*. En: *New Haven, Yale University Press*.

Elorza, A. (marzo 28 de 2013). La destrucción de la democracia. En: *Diario El País*. España.

Engels, F. (1986). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Madrid: Fundamentos.

Hobsbawm, E. (2007). *Entrevista sobre el siglo XXI : al cuidado de Antonio Polito*. Prólogo de Josep Fontana. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. (2011). *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo 1840 -2011*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. (2011). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.

Husserl, E. (1990). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental: una introducción a la filosofía fenomenológica*. Barcelona: Crítica.

Marx, K. (1971): *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro* [Tesis doctoral]. Madrid: Ayuso. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/48434986/Karl-Marx-Tesis-Doctoral-Diferencia-de-la-filosofia-de-la-naturaleza-en-Democrito-y-Epicuro-1841>

Marx, K. (1999): *El Capital*. Madrid: Siglo XXI.

Marx, K. & Engels, F. (1951). *Sobre la religión*. Buenos Aires: Cartago.

Marx, K. & Engels, F. (1976). *Textos sobre la producción artística*. Sel, pról. y notas de Valeriano Bozal. 2ª ed. Madrid: Alberto Corazón (Comunicación, 20).

Steiner, G. (2001). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Siruela.

Stromberg, R. (1995). *Historia intelectual europea desde 1789*. Madrid: Debate

Tuñón de Lara, M. (1970). *Historia del movimiento obrero español*. Barcelona: Nova Terra

Winckelmann, J.J. (2011). *Historia del arte de la Antigüedad*. Trad. Joaquín Chamoro Miel. Madrid: Akal